

LUGARES DE DEVOCIÓN
EN EL CENOBIO DE LOS SANTOS
COSME Y DAMIÁN³⁹

I

La prisa, la decepción y la mañana

Ligeramente emocionados, un poco encogido el ánimo por el espectáculo de nuestra misma temeridad, preguntamos al «chauffeur» de nuevo:

—Y ahora, ¿qué marcha llevamos?

Tarda un poco en contestar, fijos los ojos en la cinta encalada de la carretera, agarrotadas nerviosamente las manos al volante, parpadeando con una nerviosidad poco tranquilizadora. Después, sin mirarnos, responde:

—Vamos a más de setenta.

Los árboles pasan rapidísimos hacia atrás, fundiéndose en una gran cortina verde; en los virajes patinan las ruedas traseras. Los labriegos que encontramos a nuestro paso al descubrir el coche salen, medrosos, de la carretera y los perros, asombrados, se olvidan de ladrar.

Tenemos que llegar pronto a San Cosme y la prisa es una disculpa que justifica ante nuestra conciencia el capricho, demasiado cinematográfico, de la marcha.

La expresión de un segador de bronce que ha presenciado nuestro paso velocísimo con una indiferente curiosidad nos ha hecho pensar que sabe aquilatar la esencia del espectáculo, que es un virtuoso de lo extraordinario. Ha seguido con la vista nuestra marcha hasta que hemos desaparecido en un viraje. El buen hombre, sacerdote pacífico de

³⁹ Publicados en *La Tierra* [Huesca] (28, 29 y 30 de junio de 1922).

Ceres, se había prometido un espectáculo estupendo. Juraríamos que siguió, atento, la trayectoria vertiginosa en la seguridad de que al tomar el recodo saltaríamos por el terraplén y nos haríamos pedazos en el barranco.

Nada tiene de extraña nuestra hipótesis si tenemos en cuenta que en estos casos la imaginación funciona, como el motor, a más de setenta por hora.

Antes de tomar el recodo tampoco nosotros las teníamos todas encerradas. El bocinazo del coche se nos antojaba su última palabra, el grito de pánico ante la inminencia del accidente.

—¡Cuidado, que nos vamos abajo! —dijimos al motorista al ver que nos salíamos de la curva.

El chófer sonrió, patinaron las cubiertas traseras con un ruido áspero y tornamos a coger el centro de la carretera. Volvimos la cabeza buscando, triunfadores, al segador. Sentíamos una satisfacción infantil pensando en la decepción del satánico jayán de bronce. Muy a gusto le hubiéramos dicho:

—¿Ve usted, señor, cómo esto de los autos no es muy divertido para los espectadores de a pie? La satisfacción del salto mortal y del despanzurramiento se da muy pocas veces. Consuélese, buen hombre. Lo lamentamos mucho, pero por ahora no nos sentimos acróbatas.

El mecánico explica su sonrisa:

—Ahora hacemos ochenta por hora, pero el coche es muy seguro. Pocos hubieran obedecido la maniobra de este viraje último. Se ha alarmado usted con razón, porque cualquier otro auto da el salto. ¡Vaya si lo da!

—No —contestamos— lo hubiéramos sentido únicamente porque el segador lo aguardaba por lo visto como el más sabroso de los espectáculos.

Aflojamos la marcha en las proximidades del desbarre de Liesa, que deriva en ángulo recto, y cogemos el camino de San Cosme.

Triunfa el sol con un cegador diluvio de oro y el coche horada el aire limpio, ozonizado, de la mañana que nos envuelve en una caricia de sedas frías y rumorosas.

En un santiamén llegamos a las proximidades de Liesa. Las campanas sacuden el aire con sus voces de domingo, más metálicas, más sonoras indudablemente que las de entre semana.

Pasa un labriego vestido de fiesta:

—¿Vamos bien para San Cosme? ¿No hay que derivar por algún otro camino?

—No, señores, ¿Ven aquella plana verde? A mano izquierda, mirando *pa* el Mediodía, verán una cingla. ¿La ven? Pues detrás de aquellas lomizas negras viene un barranco y una valle. Allí comienza San Cosme, pero hasta la ermita aún hay una *güena* paliza de hora y media. Este camino les llevará allí mismo, a no ser que quieran ir por los *alcuerzes*.

Desistimos de los *alcuerzes* y hacemos proa al lejano horizonte limitado por unas montañas color violeta recortadas arbitrariamente a hachazos por algún espíritu que durante su paso por la tierra en carne mortal fue seguramente un buen escenógrafo.

II

La conquista del santuario

Alcanzamos a los compañeros de excursión a unos cinco kilómetros de Ibieca. Antes de llegar observamos que los dos coches están parados y los turistas forman a su alrededor como un pequeño enjambre. ¿Se habrán detenido a almorzar? El chófer nos saca de dudas:

—Han debido tener un pinchazo.

Cuando llegamos se confirma la hipótesis de Bescós. Es un pinchazo. Saludamos a los excursionistas, cuyos nombres si mal no recordamos son: señoras de Nogués y de Durán, señoritas Marieta Pérez y Presentación Mallada, don Isidro Nogués, don Gregorio Barrio, don Jesús y don Leandro Pérez, don Santos Coral, don Aurelio Torrente, don Vicente Cajal, don Nicolás Viñuales, don José Atarés, don Alberto Boned, don Ramón Durán, don Bernardo Arizón, don Mariano Carderera y el incansable secretario de «Turismo» don Rodolfo Albasini.

Como la avería tarda en repararse y todos tenemos deseos de desentumecer los músculos, echamos a andar.

Escalamos una interminable colina esmaltada de verde. La ascensión, que en los primeros momentos no ofrece dificultades, se va haciendo más penosa. A media hora de camino todos nos despojamos de la americana, profundamente convencidos de que no existe prenda más inútil. Cae el sol a plomo haciendo más negro el verde oscuro de los romeros y más blanco el gris cenizoso del camino que va avanzando siempre delante de nosotros, sin sombras, sin buscar la protección de los escasos árboles, abriéndose paso entre la maraña de los arbustos.

A nuestras espaldas se abre el horizonte, una recta que va a quebrarse sobre los tejados de Ibieca y luego sigue, uniforme en un semicírculo perfecto, a esconderse en la montaña.

Por ninguna parte aparece el verde claro de los cuadros de hortelanía. Tampoco se ven los ineludibles trigales de marfil ni las blancas casitas de nacimiento que ponen generalmente una pincelada de vida en todos los paisajes muertos. Por eso es más misteriosa la monotonía de estas montañas y más acentuada la desolación de estas colinas dormidas eternamente bajo el sol.

Sobre la raya combada de la loma surge, primero un tejadillo rojo y luego la sombra grata de un cobertizo.

—¡Ah, por fin!

Hacemos un alto —quince o veinte minutos— y reanudamos la marcha.

Antes nos enteramos de que llevamos una hora andando y preguntamos lo que falta hasta el santuario.

—Unas dos horas —responde un palafrenero de Liesa que conduce cuatro rucios del ronza!

Una voz femenina nos advierte:

—Pero las horas de aquí son de cinco reales.

¡Estupenda verdad! ¡Magníficas horas de cinco reales! La vida lenta, lánguida, apacible, también debe tener en estos

parajes «un real» más que en la ciudad. Adquieren en la paz un poco inquietante de estas montañas desusado relieve las cosas más nimias. El tiempo pasa despacio, mostrándonos todos sus instantes supremamente caracterizados por futesas que en la oquedad silenciosa del alma encuentran la misma resonancia que los truenos en los barrancos.

Un siglo de la montaña debe suponer casi dos de la llanura. Y en esta desproporción del tiempo con la vida debe radicar el misterioso aliciente de la sierra, que no sabemos definir pero que nos atrae, nos llama.

Sin embargo, no es éste el caso de nuestra bella compañera de excursión. Ella nos dice que aquí se da la formidable paradoja de que las distancias se midan por horas de «cinco cuartos». Y estas dos horas que nos separan de San Cosme por un camino de mulo pesan ya sobre nuestro ánimo atrozmente. ¡Ah, si Zamacois conociera las horas montañosas sin más sombra que la que proyecta el viandante sobre el camino, no pondría a sus bellas crónicas de viajes el título *La alegría de andar!*

Ascendemos por las vertientes de enormes barrancadas, dóciles a la ruta del camino, y bajamos sorteando precipicios.

Es menos crudo el paisaje porque sobre las vertientes, en las cimas, en las profundidades del barranco umbroso, se ha extendido una alfombra prócer de raso verde que cubre la triste desnudez del calvario. La retama llena de flores amarillas como alevines falsificados, el romero, el tomillo, volatilizan al beso del sol sus esencias y hacen el aire más fresco y transparente.

Gracias a esto y a las pintorescas narraciones cinegéticas de Cajal vamos avanzando sin grandes esfuerzos.

A poco, alguien ve las rocas de San Cosme y nos advierte que debajo de ellas —al pie— se encuentra el cenobio. Nos queda un tiro corto de fusil.

Cuando por fin llegamos a las proximidades, dos mozos lanzan a vuelo las campanas y sobre una calzada de piedra un mastín gigantesco nos saluda.

Desde la avenida penumbrosa de álamos que le da acceso descubrimos la ermita, dos edificios adosados a ella formando ángulo recto, una plaza rodeada de muralla baja y en el centro un gran humilladero de piedra tallada.

Es un rincón de una belleza cuya descripción requiere otra crónica. Usaremos de los escasos recursos reporteriles de nuestro *block* para intentar hacerlo mañana.

Por hoy limitémonos a consignar que la caminata significa un tributo justo al placer sibarita de un día de estancia en San Cosme y que la conquista de dicho placer nos resulta francamente económica cuando nos acordamos de las horas —ya no tan angustiosas— de «cinco reales».

III

El reloj de sol. La misa

En la fachada encalada de la ermita hay un reloj. Éste y el que lleva el prior en el bolsillo son los dos únicos relojes que existen en un buen sector de la montaña, por lo menos en la demarcación de San Cosme. Pero el valor cronométrico del reloj que lleva el prior es muy relativo. Acepta la superioridad del de sol y, cuando se le acaba la cuerda, consiente, un poco avergonzado, en que el buen sacerdote consulte la línea de sombra proyectada en la del muro, antes de ponerlo en marcha. Esto, para un reloj «chic», debe de ser una terrible humillación y para el tosco cronómetro de sol un gran honor.

Este reloj, como es natural, sólo marca las horas de los días despejados de cielo azul y sol blanco, pero es suficiente porque sólo entonces los labriegos y los ermitaños necesitan medir el tiempo y distribuir el esfuerzo.

Cuando por la monstruosa garganta de la sierra, por el cauce rocoso y profundo que enfrenta el santuario lleguen las nubes de plomo y suene, lejano, el primer trueno, no habrá horas para trabajar ni para leer libros tumbado a la sombra. Tampoco se podrá seguir desde el balcón el vuelo de las águilas. El reloj de sol dejará de proyectar su flecha de carbón y se estremecerán las campanas de la torre. Al mismo

tiempo la lámpara de la ermita y la fe de los ermitaños se encenderán en la penumbra de la capilla, que temblará bajo el fragor de la tempestad.

Entonces todo callará, dejando la vez a las nubes. Las campanas darán la voz de alerta y, sobrecogidas de espanto, al primer relámpago guardarán silencio. También el reloj de sol y el mastín olvidarán sus deberes de marcar la hora y de ladrar.

Pero ahora las campanas, el mastín y el reloj de sol nos reciben cordialmente.

Todas las miradas coinciden en la gran esfera enjalbegada que constituye, con un bajorrelieve de los santos eremitas y un escudo heráldico, el espíritu de la plazuela, casi tan arcaica como las rocas que le sirven de dosel.

Saludamos al señor Mallada, culto sacerdote que ejerce la santa misión de prior en el santuario.

Después nos disponemos a entrar en la capilla para oír misa. Nos sorprende la profundidad de la iglesia —un largo recinto rectangular—, recordando que las fachadas de la ermita y la abadía están materialmente pegadas a la roca y ofrecen un pintoresco aspecto de bastidores de escenografía abandonados junto al cantil. De este modo, se nos ocurrió imaginar que el grueso de la edificación tendría forzosamente que ser muy limitado, pero nuestra primera impresión nos engañó lamentablemente.

Al levantar el santuario se aprovecharon seguramente los profundos huecos de la caverna donde los santos anacoretas ofrendaban a Dios el martirio moral del renunciamiento y los dolores físicos de todos los cilicios. La iglesia, como las habitaciones interiores de la abadía, penetran en las entrañas oscuras de la roca sin prescindir de ninguna de las comodidades que pudieran significar los detalles de amplitud y altura de techos.

Lo más original de la edificación con respecto al ciclópeo peñasco que le sirve de fondo y dosel es el campanario. El pobre, sin cielo azul donde recortar su gentileza, pegado lastimosamente a la roca, que rebasa más de seis veces su altura, constituye una vergüenza de la especie; un campanario monstruosamente excepcional. Por esto, aunque construyeran la iglesia abajo, la torre debió de edificarse arriba, en la cúspide, de otro modo se están exponiendo a que un día se desmorone minada lentamente por la melancolía.

Da luz cenital a la capilla una claraboya y se completa la iluminación por la amplia puerta de acceso.

Artísticamente hablando no hay nada de un interés propio que haga destacar su valor en medio de tanta belleza natural. Vimos unas pinturas curiosas sin méritos de ancianidad y muy escasas de factura.

Terminada la misa adoramos las reliquias de los santos y curioseamos un poco por la iglesia. Pudimos admirar, junto a la verja del retablo mayor, un manantial. El famoso manantial del que se dice que sale aceite como podría decirse que salen patatas fritas a la inglesa o aceitunas rellenas.

Nadie lo cree, pero todos lo afirman en la seguridad de que los manantiales de aceite son precisos para que al corazón sencillo de las gentes del campo llegue una imagen del poder absoluto del Creador y tenga sólido arraigo en sus almas el ideario de Cristo, que desgraciadamente nunca comprendieran por sus sentencias bellas ni por las magníficas profecías del Eclesiastés.